

CAPITULO V.

Cómo fueron tratados en Madagascar el Jóven Siciliano y sus compañeros. Lenguage de aquel país con la idea que dá de él un Nacional. Quál era su Metrópoli. Cómo fueron recibidos y tratados en el Palacio Real los forasteros. Qué criados los señalaron, y el misterioso secreto que se escondia en aquella asignacion.

Convidónos despues el General á un suntuoso banquete, y nos dió una espléndida comida, en que nos sirvieron los platos mas delicados y sabrosos, pero sobre todo un vino, que nada debia á los mas generosos de España, Francia, ni Italia. Nos preguntó el General las novedades que corrian en todas las Cortes de Europa, y oyó con el mayor gusto las grandes revoluciones que en estos últimos tiempos habian sucedido en todas ellas, con la sangrienta y obstinada guerra, que sucesivamente habia tenido ocupada á casi toda aquella bellísima parte del Globo. Observamos, que quando se hablaba de alguna cosa que tocase á la Olanda, el General la oía con particular atención, y por las preguntas que nos hacía,

in-

interrumpiendo de quando en quando el discurso y la narracion, conocimos que se interesaba mucho por aquel país, é hicimos juicio que era sin duda Patria suya. Con efecto era así, porque él mismo nos contó poco despues que habia nacido en Roterdám, y que era hijo de un Capitan de Navio, con quien, siendo aun muy jóven, hizo el viaje á las Indias Orientales, y habiendo desembarcado en la costa Septentrional de Madagascar, habia sido hecho prisionero por aquellos Nacionales, y despues de muchos años le habian hecho sucesor en el mando de las Tropas de un viejo Escocés, que murió despues de haber exercido por largo tiempo aquel supremo empleo. Añadió despues, habeis de saber, amigos míos, que las grandes novedades que me habeis contado, si han sido para mí de mucho gusto, no lo serán menos para mi Soberano, el qual se complace infinitamente en estar bien informado de todo lo que hacen los grandes Príncipes de la Europa, de los quales tiene el mas alto concepto, y los mira con la mayor estimacion. No quiero retardar mas á este gran Monarca la particular satisfaccion que tendrá de veros y de oiros, por lo que he determinado, que mañana mismo prosigais vuestro camino en derechura á su Corte, y á su Real Palacio.

Asi fue con efecto; porque apenas despuntó el Sol por el horizonte, quando con la escolta de cien hombres comenzamos á caminar por una elevada y asperísima montaña, que terminaba de la otra parte de un deliciosísimo valle, por medio del

del

del qual corría dulcemente un bello rio. Descubriense hácia sus dos márgenes á igual distancia algunas Poblaciones, cuyas fábricas se parecían mucho á las nuestras. Jardines admirablemente cultivados, y Colinas que sobresalian de una y de otra parte, mostrando el mas delicado gusto en toda su agricultura. Llegamos á hacer noche en un Pueblo crecido y numeroso, cuyo Gobernador, que en la lengua del país se llamaba *el Cadal*, nos alojó cómodamente. Antes de pasar adelante es necesario saber, que aquella lengua no conoce mas que una vocal, y es puntualmente la primera letra de nuestro alfabeto; con ella sola diversifica todas las modulaciones de sus voces, de las quales es abundantísima, y todas terminan en alguna letra consonante. De aqui nace, que los naturales de aquella Isla todos tienen bocas grandes, porque habiendo de pronunciar siempre la *a*, es preciso que abran la boca mucho mas que para pronunciar la *e*, la *i*, la *o*, ó la *u*. Sea como quiera, para que nosotros los entendiesemos, y ellos nos entendieran á nosotros, siempre era necesario algun Interprete, y le tuvimos pronto: era éste un Señor de los primeros del Reyno, que se hallaba en el Campo, y habia aprendido algunas lenguas de Europa, que se habian introducido en Madagascar por los prisioneros de diferentes Naciones, que se habian hecho en varios encuentros con los Europeos, que navegaban por aquellos mares. Este tal Intérprete era tambien el Capitan de nuestra Escolta, el qual nos repetia en lengua

Cas-

Castellana todo lo que le decian en la suya, y referia á los Isleños en la suya todo lo que nosotros le respondiamos en la nuestra, observando siempre una gran fidelidad. El dia siguiente proseguimos nuestro viage por el mismo delicioso valle, y no llegamos al fin de él hasta poco despues de medio dia. Entonces se ofreció á nuestra vista una espaciosa llanura, que nos presentó un gratísimo espectáculo, viendose de quando en quando adornada de Aldeas, Castillos y Ciudades, que no envidiaban á las de Italia y Francia. Entre aquellas Poblaciones nos mostró nuestro conductor con el dedo la Capital donde residia el Rey. Aquella, dixo, es la Corte, donde espero que llegaremos mañana. Llámase *Tarapasar*, que quiere decir *gloria del Reyno*. En ella vereis todo lo rico y delicioso que puede apetecer la vista. Una Corte florida, un magnífico Palacio Real, suntuosos Edificios, floridísimo Comercio, Nobleza muy culta, Pueblo de buenas costumbres, progreso de las Artes y de las Ciencias, todas en el mas perfecto estado.

Lleno nuestro pensamiento de tan grandiosas ideas, seguimos alegremente nuestro camino, y despues de haber hecho noche en una Ciudad que se decia *Clair*, y podria tener de circunferencia como dos millas, llegamos el dia siguiente á las tres de la tarde á Tarapasar. Sus murallas eran ya antiguas, pero flanqueadas de bonísimas torres, y defendidas de un anchuroso foso lleno de agua. Entramos por un puente levadizo, y desemboca-

ca-

56 *Gil Blas de Santillana.*
camos de la puerta pasando por medio de dos Compañías de Soldados , con uniformes de color roxo , puestos todos en ordenanza , con banderas desplegadas , en las cuales se veían algunas cifras Arábigas. Una derechísima calle , cuyas casas todas eran de igual altura y de uniforme fábrica , nos conduxo á una gran Plaza , en medio de la qual se dexaba ver un elevado Coloso de piedra , que representaba un hombre armado , y decian era la imagen del primer Rey de aquel Reyno , y que el tal Rey , segun el cómputo de sus Historias , habia vivido en siglos tan anteriores , que no creo cuenten tantos los Anales de la China. Esta plaza era de figura circular , y desembocaban en ella cinco calles , á las cuales se salia por otros tantos Arcos de los Pórticos que circundaban la Plaza. Nos conduxeron por aquella calle que iba derecha al Palacio Real , colocado en el recinto de una buena Fortaleza , la qual ocupaba una gran extension de terreno en un ángulo de la Ciudad. Fue preciso pasar la palabra de nuestro arribo al Gobernador de dicha Fortaleza , y habido el permiso del Rey , entramos por tres puertas entre tres cuerpos de Guardias , con uniformes y divisas de otros tantos colores diferentes. Antes del Palacio habia un espacioso campo , por el qual se veían pasear y divertirse varias Damas y Señores de la Corte. La fábrica del Palacio era de una sencilla , pero bien proporcionada Arquitectura , sirviendole de alas dos soberbias Galerías , y en el

Lib. XV. Cap. V. 57
el centro de ambas una torre á manera de atalaya , que parecia iba á esconder la cabeza en la media region del ayre : tanta era su elevacion. Introduxéronnos en la galería del ala derecha , á la qual se entraba por tantas puertas , que servian á otras tantas habitaciones quantas eran nuestras personas. Luego que entramos nos sirvieron agua de olor para labarnos manos y cara , y despues un precioso refresco muy parecido á las conservas de Turin. ¡O qué bella cosa fue para nosotros encontrarnos con tanto regalo , y con tan noble tratamiento en un país donde solo habiamos consentido hallar nuestra muerte ! A la verdad nuestra admiracion debia ser tanto mayor , quanto era menos ventajosa la idea que nos habiamos formado de las costumbres de aquellos Pueblos , en virtud de las relaciones de los viajeros que nos los habian pintado como los mas bárbaros de todas las Naciones de la tierra. Este fue el primer recibimiento : despues de él nos dixeron , que descansásemos hasta que llegase el tiempo de la cena ; y diciendo esto se retiraron todos , dexándonos en entera libertad. Facilmente les obedecimos , porque el cansancio de un viage tan largo , y todo á pie , pues en aquel país no hay carruages de camino , ni bestias de carga , nos tenia verdaderamente molidos y descoyuntados todos los miembros. Nos echamos pues sobre unos mullidos colchones de algodón , género de que abunda mucho aquella Isla , tanto que de solo él se

TOMO VI. II vis-

visten todos quantos habitan en ella. Dormimos dos horas profunda y sosegadamente, hasta que nos despertó, y nos hizo saltar de la cama una armoniosa música. Luego que estuvimos en pie entraron varios criados con hachas encendidas, porque ya era de noche, y nos condujeron á otra cámara, donde estaba ya puesta la mesa para cenar. Hallóse presente á nuestra cena toda la gente que nos habia venido escoltando. Apenas comenzamos á gustar las primeras viandas, que eran muy simples, como todas las demás que se siguieron, quando vimos entrar una multitud de hombres y mugeres, que venian á ver los forasteros, movidos de pura y mera curiosidad. A todos nos fueron contemplando muy de espacio, parándose á mirarnos fixamente uno á uno con grandísimo silencio. De quando en quando se hacian unos á otros ciertas señales, acompañadas de una risita entre dientes; quizá porque á todos nos veían comer con igual y grande apetito. Confieso la verdad, que á mí me hubiera dado alguna sujecion una visita tan importuna, si el hambre no me hubiera hecho olvidar todos los respetos humanos.

Al primer giro que hizo el vino por las mesas, servido en vasos de marfil primorosamente labrados, dió principio á los brindis nuestra escolta, diciendo en voz alta: *Carab-tal*, que es lo mismo que *viva el Rey*: al oír esto todos los presentes que estaban en pie, echando prontamente una rodilla en tierra, repitieron con alegre gritería las mismas palabras, ceremonia que

se

se repitió en cada uno de los brindis que se siguieron despues. En el segundo giro de los licores, que comunmente se hacia cada vez que se cubria la mesa, la escolta gritó: *Carab-Malahar: vivan los forasteros*. Entonces ninguno dobló la rodilla, pero alzando todos la mano derecha hasta la cabeza, se tocaron con ella la frente sin pronunciar palabra alguna. El tercer brindis fue: *Carab-palahar*, esto es: *vivan todos los presentes*, á cuya voz se quitaron todos una especie de gorro ó de birrete con que cubrian la cabeza. Concluida la cena, se levantaron los manteles, y esto queria decir, que á ninguno era ya lícito comer ni beber. Inmediatamente nos sirvieron agua para labarnos las manos, y despues todas las mugeres y hombres, en señal de benevolencia y amistad, vinieron aquellas á tocarnos la mano, y estos á besarnos. Nuestra escolta, es decir, el Capitan de ella, que era nuestro intérprete, contó al numeroso concurso el modo como habiamos sido hecho prisioneros, y de qué Nacion éramos, concluyendo con prometerlos en nuestro nombre, que procuraríamos la mayor gloria del Rey, el aumento de su Real Hacienda, y la grandeza del Reyno. Promesa que nos fue preciso confirmar, practicando con las mugeres y los hombres la misma ceremonia que ellas y ellos habian practicado con nosotros, apretando la mano á las unas, y besando á los otros en la mexilla siniestra: ceremonia que entre aquellas gentes se considera mas sagrada y mas obligatoria

H 2

que

que qualquiera otro juramento, Concluidas todas estas cosas, cada uno se fue retirando, y nosotros quedamos solos con nuestro intérprete. Este hombre, que verdaderamente era de una dulcísima índole, nos dixo entónces: Ahora, Señores, verán ustedes entrar las personas que el Rey ha destinado, para que les sirvan todo el tiempo que se mantuvieren en palacio; pero quando salgan de él para aquellos empleos á que los llamen las necesidades de la Monarquía, entónces podrá cada uno servirse de aquellos criados que mejor le parecieren. No bien habia dicho esto, quando vimos entrar una multitud de hombres y mugeres, pero estas todas viejas, asquerosas, despilfarradas y hediondas: mas los hombres al contrario, todos mozos, galanes, garbosos, bien hechos, y bien parecidos. Dos de cada sexó, añadió el intérprete, han de tocar á cada uno de ustedes: entre los quatro repartirán todos los oficios y menesteres domésticos, principalmente los que tocan inmediatamente á la persona del amo, segun los talentos, fuerzas y habilidad que se descubrieren en cada uno. La monstruosa fealdad de las mugeres nos llenó á todos de horror, y nos miramos unos á otros de manera, que facilmente pudimos dar á entender la invencible repugnancia que nos causaba la precisión de tener siempre á la vista, y dentro de nuestras casas unos objetos tan abominables, que á un mismo tiempo conmovian el tedio, el asco, el espanto y el terror. Conociólo luego el

in-

intérprete, y sonriéndose nos dixo: no os admireis, Señores, de lo que estais viendo: todo el misterio se reduce á que el Rey quiere que tengais siempre delante de los ojos un espectáculo, que os haga conocer el poco caso que se debe hacer de las hermosuras del otro sexó, al ver la facilidad con que se marchitan, y lo presto que envejecen, convirtiéndose en materia de nuestro asco y de nuestra abominacion. Al oír esta explicacion del misterio que tenían nuestras Matusalenas de criadas, podridas y cazcarrientas, conocimos que debia ser muy extraño y muy curioso el moral que se usaba en Madagascar; y así sosegandonos con saber que ésta era la voluntad del Rey, nos aquietamos, y cada uno de nosotros aceptó los familiares que le tocaron en suerte. Nosotros éramos nueve, con que entre todos veniamos á tener treinta y seis criados de uno y otro sexó por iguales partes. Todos ellos vinieron luego á tocar el pie del amo que le habia cabido: demonstracion que en aquella Isla es señal y protestacion de servidumbre. Como ellos no entendian nuestra lengua, ni nosotros la suya, estaban atentísimos á observar nuestros gestos y movimientos, para executar prontamente todo aquello que á su parecer deseábamos que hiciesen. Las mugeres se entraron en nuestros quartos á hacernos las camas, y los hombres se arrimaron á nuestras sillas con las hachas encendidas, en ademán de ir alumbrandonos delante de nosotros, quando nos fuésemos

á

á recoger. Con efecto, nuestro intérprete, que se llamaba Dagal, habiendo observado que el sueño nos iba poco á poco ahincando los ojos, y que las pápebras ya no se sostenian, se despidió, y se retiró, dexandonos en entera libertad de hacer lo mismo. Fuimonos pues á dormir, y la mañana siguiente luego que nos levantamos, hallamos ya prontos á nuestros criados para hacer todo lo que les quisiésemos mandar. Ciertamente que no sabria hacer otro tanto el page mas servicial y mas despejado de París. Era á la verdad gran gusto ver executado todo quanto deseábamos, y les tocaba hacer á ellos, sin que nos costase siquiera una palabra. Despues de levantados, nos juntamos todos en la galería, que servia como de antesala á nuestros quartos, discurrendo de la extraordinaria aventura que nos estaba sucediendo. Y aunque los mercaderes Portugueses tenian tantos motivos para estár afligidos por la pérdida de su hacienda, por la grande distancia de su patria, y por haber dexado en ella tantas caras prendas en sus mugeres é hijos, todavía les servia de grandísimo consuelo el risueño aspecto con que les miraba la presente felicísima fortuna. Y yo que lloraba ya pérdida á mi querida Irene, y muertos todos mis parientes, por lo que había resuelto pasar lo que me restaba de vida en el obscuro retiro de un claustro, entregado enteramente á la mortificacion y pobreza Religiosa, nada tuve que hacer en conformar-

marme con este nuevo bellísimo destino, cuyo alegre semblante me estaba prometiendo las mayores felicidades.

CAPITULO VI.

Curiosas conversaciones entre los Portugueses y el Siciliano. Son admitidos á la primera audiencia del Rey. Convidados á comer, y sucesos de la mesa.

Discurriamos entre nosotros sobre las cosas tan estrañas que nos estaban sucediendo, y no nos acababamos de maravillar de la policia y arregladas costumbres de una Nacion, de que hasta allí no se habia hecho caso alguno; con cuyo motivo salió á la conversacion el método practicado en la cena de la noche antecedente. Entónces un mercader, hombre de estraña figura, pequeño, rollizo, rechoncho, gran panza, igual pestorejo, pantorrillas colosales, y una sotobarba que parecia segunda cara colgada de la primera. Este tal, que se llamaba Don Bíbulo: yo á lo menos (dixo con voz entre hundida y resbalada) nunca alabaré el maldito uso de que solo gire tres veces el vino en cada sesion de la comida ó la cena. Mi costumbre es beber siempre que me da la gana, y no me sien-